

Sobre la producción socio-política del asco

Carlos J. Asselborn*

El miedo produce monstruos.

Bajo el capitalismo globalizado parece ocurrir una suerte de apropiación de emociones y sentimientos que motoriza la adhesión a políticas para minorías. Minorías predisuestas a defender racional y “afectivamente” el rechazo, exclusión y explotación de las mayorías empobrecidas. El capitalismo globalizado, para justificarse como modelo único de sociedad, no sólo necesita colonizar las conciencias sino también la sensibilidad humana en donde se alojan los deseos, sentimientos y emociones. No sólo necesita ideas y conceptos sino mucha afectividad. Desde esta *afectividad social* se defenderán políticas para minorías. Este fenómeno se sitúa en medio de los conflictos políticos y culturales que atraviesan la vida cotidiana de gran parte de la sociedad argentina. Conflictos que expresan cierta contradicción “cultural”: el regreso de la participación política coexistiendo con una *sensibilidad social* asentada todavía en una configuración cultural autoritaria y neoliberal manifiesta en la “producción sociopolítica de estéticas del asco y de

la higiene” ligadas a virtudes morales. Ciertos discursos de la higiene (del cuerpo, del baño, de la cocina, etc.), en tanto empresa publicitaria, unidos a preocupaciones morales; apuntalan, profundizan y reproducen el odio a la democracia y el rechazo racista y clasista a las clases excluidas y empobrecidas, acorraladas entre la explotación, la marginación y el clientelismo político.

Existe un *interés higienizador* ensablado a ciertas éticas y cosméticas del cuidado corporal que configura una suerte de narración en la cual confluyen higiene y salud como correlato de moral y política. La síntesis entre higiene y salud corporal y espiritual produce políticas de conservación de la desigualdad social y rechazo racional, sensible y emocional de toda basura que atente contra dicho orden. El basural – y todo lo que hay en él y lo rodea- es considerado el epicentro de virus patógenos (suciedad), virus sociales (villas miseria) y virus políticos (violencia e inseguridad). Y frente al basural, la producción del sentimiento de asco en tanto sensación y emoción de autopro-

* Lic. en Filosofía y docente de la UCC y el CEFyT

tección y sobrevivencia. Miedo a contaminarse, es decir, miedo a dejar de ser lo que se es y que tiene su fundamento en la idea de una identidad instalada sólo desde la propiedad privada. Se trata entonces de la *estetización del asco* y de la *higiene* con la ulterior invisibilización de todo sobrante que connota basura, hedores y grasa. Ésa es la distancia social y política que ciertos sectores, excitados mediáticamente, hacen de la “distinción”, el “buen gusto” y el “estilo” las murallas subjetivas y emocionales edificadas desde el horror y el miedo. Se instaaura entonces una particular forma de construcción de ciudadanía reducida a su dimensión formal (votar y consumir). El hecho de “sólo votar” significa también la pretensión de pureza, de no ensuciarse con el “barro corruptor” de la política y la historia. Por su parte, el consumismo reduce la libertad a opciones y elecciones entre mercancías. Ciudadanos propietarios y consumidores, cuya sensibilidad (gustos, deseos, pasiones, emociones, placeres) se conforma desde una distancia puritana que hace del regateo de humanidad su mejor negocio. Por esto afirmamos que las emociones son políticas.

Comprender la *cultura política* que nos atraviesa supone, entre otras tareas, analizar aquellos procesos sociales por los cuales:

- a) se legitiman profundas desigualdades sociales, no ya por vía racional (ideas, argumentos, relatos, discursos...) sino por medio de dispositivos que trabajan con la sensibilidad: emociones, sensaciones, gustos y sentimientos;
- b) se produce un rechazo “visceral” a

todo significado, imagen o realidad que pertenezca al mundo de las mayorías pobres, marginadas y explotadas. A este proceso lo llamamos *producción socio-política del asco*;

- c) irrumpen políticas de y para minorías, sustentadas en el miedo, el terror y el asco hacia las clases más pobres, las cuales (en el mejor de los casos) disputan, no sin conflictos y violencia, más humanidad y participación político-emancipatoria. Los sujetos de estas políticas del asco han sido largamente pedagogizados en sus ideales, sus gustos, deseos y sentimientos.

Estas reflexiones parten de una afirmación central: *La eficacia política de un deseo manipulado reside en su capacidad para desmovilizar la crítica y debilitar la emancipación de las conciencias*. Nos preguntamos entonces: ¿cómo operan y qué argumentos utilizan los sistemas de opresión y reproducción de desigualdades sociales?; ¿qué alternativas viables y eficaces – políticas- es necesario pensar y hacer para superar dichas desigualdades a la luz de las coyunturas nacionales y latinoamericanas?

Avanzar en mayores condiciones igualitarias, además de los conflictos políticos y económicos que esto pueda generar, ¿no supone también dismantelar nuestros modos de percibir y sentir el entorno?, ¿no obliga esto a una reflexión autocrítica acerca de las sensibilidades que nos constituyen en sujetos corporales?, ¿sobre qué situaciones nos emocionamos?, ¿cuándo y por qué el cuerpo que somos siente lo que siente?, ¿de qué nos reímos y frente a qué situaciones lloramos?

Una sensación: su producción y sus usos.

Los cinco sentidos no sólo forman parte de la anatomía humana sino que son productos de condicionamientos socio-culturales que varían en el tiempo. Cada pueblo, con su cultura y sus horizontes de expectativas, diseña sus sentidos (gusto, vista, tacto, oído y olfato) entendidos como base concreta-material de su identidad. Diseño que construye y reproduce gustos y disgustos en tanto mecanismos de inclusión y exclusión al grupo de pertenencia.

En *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones (1999)*, David Le Bretón señala que el ser humano vive y existe *afectivamente* en el mundo. No existen emociones espontáneas o “naturales” sino mediadas y organizadas por la sociedad a la cual se pertenece. El autor critica la pretensión naturalista-biologicista de reducir los sentidos, emociones y sentimientos a una suerte de transformaciones físico-químicas y nerviosas del organismo humano. Por nuestra parte, pensamos la emoción como operador político en tanto sensibilidad de adhesión o rechazo a las mayorías empobrecidas y a políticas con pretensión de distribución de la riqueza. El miedo, el asco, la repugnancia o incluso el llanto y la risa ante determinadas situaciones -y no otras- son la marca de pertenencia a un grupo social, a una clase social. Sentir asco ante determinados acontecimientos y personas es la marca “sensible” que “nos hace iguales” frente a los “otros distintos” y que como “otros”, son una amenaza constante. Llorar o reírnos frente a las

imágenes de una pantalla son los sellos con los cuales reafirmamos una diferencia social.

El *uso* de ciertas emociones posibilita evaluar riesgos, marcar distancias y naturalizar desigualdades. Es un uso político porque gestiona y administra la división social de la sensibilidad para legitimar la desigualdad y sus causas. Aparece así el *rechazo afectivo* a las clases bajas por ser portadoras de suciedad, fealdad y maldad. Y si a tal rechazo se lo comprende bajo una lógica biologicista-naturalista, dicha legitimación aparece como inquebrantable.

Por lo tanto y a nuestro entender, la construcción social de las emociones obedece a fines intereses que recurren a éstas para lograr objetivos concretos. Se trata de una especie de *sensibilidad instrumental*. Es decir, las emociones (alegría, ira, sorpresa, miedo, asco, etc.) pueden operar como fuerza alojada en la sensibilidad que condiciona, direcciona, y hasta produce economías, éticas y políticas. En el caso del neoliberalismo: producción de economías desreguladas, éticas del mérito y políticas para pocos. Un ejemplo de esta colonización de la sensibilidad son las escenas de situaciones que suscitan compasión. Numerosas cadenas televisivas repiten en sus pantallas sucesos vividos por los sectores más excluidos: pobreza, marginación, falta de los servicios sociales más básicos o, en el mejor de los casos, acciones de esos mismos sectores tendientes a paliar en parte ese “calvario”: comedores para niños hambrientos, cursos de costura para madres solas y cursos de albañilería para hombres desocupados. Estas úl-

timas acciones que saltan al ámbito público son el pergamino por el cual dichos sectores demuestran fehacientemente que quieren salir de esa situación paupérrima. Irrumpe así la compasión, sentimiento que no aparece ante la noticia de un piquete de organizaciones políticas y barriales reclamando por tierra, trabajo, salud o algún plan social. Esta *compasión espectacular* - esa especie de caridad suscitada por la noticia de una familia sin techo, o frente a un niño “pobre y enfermo” que no tiene los recursos para su curatlogra llamar la atención mediático-social acerca de dichos problemas. No obstante, esa compasión no logra politizarse, es decir, transformarse en capacidad política para dar soluciones a problemas precisamente políticos. Prospera entonces el “espectáculo” que moviliza afectos y sentimientos, incluso de generosidad en el mismo momento en que los despolitiza.

Frente a estos rasgos de la cultura política predominante en la sociedad argentina nos preguntamos: ¿Qué cuota de aceptación o rechazo se manifiesta en emociones sociales y cotidianas entendidas como respuesta *sensible* a políticas de defensa y dignificación de los “feos, sucios y malos”, es decir, de los pobres e indigentes?

Pedagogías y políticas para el asco

El problema está en hacer del buen o mal olor el *criterio político* de rechazo o aceptación social. Cuestión grave si además existen ocultos mecanismos para que algunos “hiedan” más de la cuenta. Mecanismos que construyen co-

tidiana y mediáticamente los malos y buenos olores.

En una segunda obra, “*El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*” (2007) Le Bretón reflexiona sobre los cinco sentidos en tanto productores de *sentido*. Nos habla de la educación de los mismos y de los gustos socialmente adquiridos. Retoma una vieja discusión acerca de la hegemonía occidental de la vista en detrimento del olfato. Para el autor los cinco sentidos suelen ser sólidos basamentos para emitir juicios morales acerca del entorno. La altura moral de un colectivo social depende de su capacidad de rechazo y aversión, su predisposición para sentir asco y aborrecimiento ante determinadas circunstancias y... personas. Pero también – añadimos – esta construcción socio-histórica es presa de cooptación, manipulación y colonización. La sensibilidad, como lugar de expresión de gustos y preferencias, se gana y se pierde, se compra y se vende en las cotidianas luchas por el sentido de la existencia, en la desigual búsqueda de seguridad y el miedo que genera su posible pérdida. Y esto no es sólo una moral. Es también una particular manera de entender el poder de organización social y económica.

Las emociones y sensaciones sustentadas por los cinco sentidos – que poco tienen de “naturales”- fundan políticas cercanas o lejanas a los deseos de emancipación e igualdad social. Son “razones políticas” intensas y eficaces, ya que se alojan en la misma sensibilidad, a veces revoltosas respecto a las órdenes de la buena conciencia. *Los sentidos construyen sentidos*. Producen

Sobre la producción socio-política del asco

miradas, ideas, cosas y fundan estéticas, éticas y políticas. Los sentidos se aprenden como se aprende la desigualdad. Aprendemos a sentir asco y repugnancia por las clases excluidas y postergadas. Aprendemos a rechazar sus gustos, sus olores, sus cuerpos... su humanidad. La educación de nuestro olfato nos anuncia que hay seres deleznable por el grado de “suciedad y mal olor” que concentran en sus cuerpos. El *asco* es entonces el comité evaluador que distribuye rechazos y complacencias y separa los humanos de los monstruos. *El asco construye monstruos* con el fin de purificar e higienizar la propia humanidad de todo lastre salvaje y animal. El gusto y el asco ante determinados objetos y personas nos ubican dentro de una desigual escala social. El “buen olfato” nos eleva y nos resguarda de los peligros sociales calmando así nuestra razón miedosa. Ésta es la *pedagogía para el asco* cuya máxima expresión se encuentra en los medios de comunicación y la industria cultural (publicidad, cine, etc.). Bondad, coherencia, laboriosidad, sacrificio, amabilidad y todo valor moral que esté dando vueltas en el “ambiente” es asociado con la higiene, limpieza, buen gusto, belleza, pulcritud, buen olor, orden. Conjunción de respetabilidad, amabilidad y buen “perfume” que predomina en los grandes centros capitalistas de compra-venta. Introducirse en ellos, sentir el olor a limpieza –también clasista y racial-, ver nuestros rostros reflejados en el brillo de pisos y paredes, tranquiliza y armoniza el espíritu.

Se trata de la *expropiación mediática* de nuestras emociones y su re-direcciona-

miento hacia mayor productividad y mayor consumo, es decir, mayor sacrificio. Producción del asco y producción de sistemas de purificación. Sentir asco supone anociarnos del peligro que corre nuestra “pureza”.

¿Qué políticas inauguran los olores?, ¿Qué políticas instauran aquellos mecanismos mediático-publicitarios que seleccionan e imponen buenos olores y finos olfatos? Son preguntas que cuestionan una determinada manera de entender la política y la democracia aprisionadas en matrices socioculturales inauguradas por el capitalismo y perfeccionadas por el neoliberalismo global. Cultura política que juzgará la pobreza y a los pobres reduciéndolos a víctimas o monstruos. Ciertas políticas sociales de los Estados y ciertas estrategias mediáticas muestran en sus planes y pantallas a los pobres siempre bajo dos únicas circunstancias: a) los pobres-víctimas sufren, no pueden hacer nada para salir de esa situación, por eso se los ayuda; b) los pobres-monstruos/demonios se matan, se pegan, se insultan, por eso se los reprime. La lágrima derramada pesa tanto como la bala que luego los atraviesa. Por lo tanto, la afirmación y reproducción del pobre-víctima o el pobre-monstruo es la negación y el rechazo del sujeto-pobre con potencialidades políticas de transformación. Y esto se logra también desde una construcción estética de los pobres sucios y malolientes necesitados de una moral reparadora: baño higienizador de cuerpos y almas. De este modo, “pobre pero limpio” equivale a afirmar “pobre bueno”. Pero además, el vínculo entre pobreza

Sobre la producción socio-política del asco

e inmoralidad (pereza, egoísmo, vagancia, vicios, suciedad) instituye políticas que hacen de la *autogestión* el argumento más fuerte y la solución final. Autogestión que supone a priori una igualdad de oportunidades que obliga al esfuerzo personal, al empeño incansable y la entrega cotidiana como única salvación de la propia existencia. Subrayamos: lo que está en juego es la pregunta acerca de la igualdad de todos los seres humanos. ¿Somos iguales?, ¿Somos los seres humanos *todos* humanos? Pregunta que recorre Latinoamérica desde los tiempos de la conquista y colonización, expresada en el debate entre Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda acerca de la humanidad de los indios. ¿Cuántos argumentos tendrán que presentarse y pagarse, plantea el filósofo mexicano Leopoldo Zea, para afirmar que los indígenas son también hombres?, “hombres como todos los hombres...”. Incluso “la nueva filosofía en nombre del progreso, la civilización y hasta la Humanidad en abstracto negará si no la plena humanidad de los latinoamericanos sí su plenitud. En nombre de la civilización se hablará, ahora de razas degeneradas, esto es, mezcladas, híbridas”. Razas y clases degeneradas, híbridas y sub-humanas. Agregamos: pobres sub-humanos, víctimas o monstruos con olores salvajes y gustos endemoniados.

Volvemos a preguntar entonces: ¿Qué cuota de desigualdad se aloja en nuestros sentidos, emociones y políticas?, ¿Cuánta pedagogía hizo falta para garantizar corporal y sensiblemente la reproducción de la desigualdad? Sólo nos queda insistir que criticamos aquellas

estéticas que sujetan la humanidad de los pobres y excluidos mediante la reducción de sus gustos. Estéticas (modos de percibir y sentir) que expropian su sensibilidad y subyugan así su potencia política. Estéticas que secuestran incluso la capacidad para sentir físicamente el dolor. Expropiación que ofrece la materia prima para construir ciudadanías resignadas y políticas de rechazo a los deseos de emancipación.

Se impone entonces una tarea a largo plazo: re-apropiación de los sentidos y emociones que posibiliten volver a pensar praxis políticas para la vida abundante, la dignidad y la justicia social. Praxis que supondrá poner en la mesa de discusión aquellos significados, imaginarios, deseos, pasiones y sensaciones asentados en tradiciones emancipatorias e igualitarias y que fueran arrebatadas por poderes antidemocráticos e injustos. Praxis que, para ser eficaz, deberá trastocar los sedimentos de autoritarismo y racismo presentes aún en las culturas políticas contemporáneas. **II**

Bibliografía:

Asselborn Carlos, Cruz Gustavo, Pacheco Oscar. (2009). *Liberación, estética y política. Aproximaciones filosóficas desde el Sur*. Córdoba: EDUCC.

Le Bretón, David (1999) *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Le Bretón, David (2007) *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Zea, Leopoldo (2003) *La filosofía americana como filosofía sin más*. México: Siglo Veintiuno editores. XIXª edición. La cita corresponde a la página 13.